

# LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

## La serpiente

Porque soy barro y alas, porque soy nieve y cieno,  
Porque no sé de dónde vengo ni a dónde voy,  
Porque ni Dios, acaso, sabe decir quien soy  
E ignoro lo que es malo como ignoro lo bueno.

Porque quise dar mieles y di en cambio veneno,  
Porque persigo enigmas y equivocada estoy,  
Porque ayer o mañana son lo mismo que hoy  
Desperté a la serpiente que dormía en mi seno.

Ella, mientras dudaba, se arrolló a mi cintura  
Y me clavó los dientes con una mordedura  
Que envenenó mi sangre para siempre jamás.

El cosmos, hecho boca, me perforó la médula  
Mi vida con desprecio la jugué en una cédula  
Y vendí mis destinos al propio Satanás!

ALFONSINA STORNI.

## TABU

(Del libro: "Quatorze histories des soldats".)

En el corredor de calderas número 3 se hacía un fuego de infierno; eran diez y seis fogoneros, casi en cueros, enzarzados con las cuatro Belleville de hornos herméticamente cerrados y ceniceros abiertos de par en par.

Encima, el reloj movía la aguja cada minuto con sacudidas bruscas. Y cada ciento veinte segundos el primer fogonero daba una voz de mando, breve como un estacazo:

¡Abrid los hornos!

Inmediatamente, los ocho hornos se abrían cual ocho bocas de infiernos, y los diez y seis fogoneros, distendiéndose de golpe los bíceps vigorosamente arrojaban en los ocho hornos, encendidos al rojo blanco, diez y seis paladas de carbón dispuestas de antemano.

Luego, las ocho portezuelas caían secamente como otros tantos resortes de guillotina y las chimeneas vomitaban en seguida torrentes de humo espeso.

El "Bouvet" navegaba a muy poca máquina — seis nudos. Pero a bordo de un acorazado de S. M. la República, es obligatorio el alimento metódico de las calderas, puesto que es el que exige menos gastos y lo mismo da que se navegue a ocho nudos como a diez y seis. Es preciso que los acorazados ahorren el dinero del contribuyente para que los burguesas y los ministros puedan despilfarrar tanto como se les antoje en todas las cosas inútiles, sin que las comisiones del presupuesto puedan notarlas muy a las claras.

Juan Diquelou, marinero de la clase, fogonero con diploma, estaba en su puesto. Mientras tanto pensaba en su rubia, dándosele un ardiente las operaciones militares en que tomaba parte.

El "Bouvet" cañoneaba los fuertes turcos de los Dardanelos y cumplía las órdenes del comandante superior, hombre buenísimo, pero muy viejo, como lo son todos los almirantes de Francia, y que no se daba bastante cuenta de lo que es un retorno de corriente. Y precisamente los retornos de corriente de los Dardanelos traen indefectiblemente los torpedos a la deriva de la costa norte hacia la costa sur. Esto lo sabe mucha gente. Algunos lo habían olvidado, sin duda.

Y ocurrió lo que ocurrió. El "Bouvet", maniobrando como tenía orden de maniobrar, estrictamente, costó de cerca la orilla sur — la costa peligrosa — luego viró de bordo en el punto de más riesgo, y el costado de estribor tropezó con una mina a la deriva, que estalló al chocar bajo la torrecilla mayor de 274 m. 7.

A través de la torrecilla vióse una leve humareda roja. En el acto, el acorazado, dio treinta grados de la banda, se vio entrar el agua en las chimeneas, en las que se estranguaba el humo en remolinos horribles. Hubo otra pausa. La cosa ocurrió tan de prisa, que el buque, completamente acostado, seguía adelante. Finalmente, dió la vuelta, zozobró. Un instante se le vió flotar con la quilla al aire, el espelón algo levanta-

## El extraño deseo

Ser de oro, de una pieza, trabajada al cincel,  
Con ojos de turquesas y rubíes por boca,  
Los dientes, bien tallados sobre cristal de roca  
Y en la frente esmeraldas imitando laurel.

El todo de un aspecto fantástico y cruel,  
Algo como una estatua con aspecto de loca;  
Una mujer de oro, cuyo desnudo evoca  
Al Diablo contemplando telas de Rafael.

Sin corazón, sin alma; fría como el misterio;  
Una muerta que nunca logrará el cementerio;  
Una muerta que espera frente a la Eternidad,

Cuyos ojos de piedras, ciegos pero brillantes,  
Sean extraños faros, fijos y alucinantes,  
Símbolos de la incógnita de la felicidad.

ALFONSINA STORNI.

## El poeta Omar Khayyám

La perenne inquietud de las almas modernas tras un anhelo de belleza, cada vez más puro y vario en emoción, les ha hecho buscar, en el acervo de las literaturas extranjeras, aquellos mol-dos soñados por sus imaginaciones de estetas, que no sabían encontrar en las fuentes autóctonas, y que en las extrañas tierras, en medio de evocaciones caprichosas, un suave perfume de exotismo y un recargado prestigio de leyenda.

Pasada la racha del "nordismo", con las literaturas bruno-nas de Escandinavia, fueron los colonias del arte a descubrir mundos de belleza ignorada y a revelar valores nuevos no sospechados hasta entonces. Así, pues, dieron con las costas del lejano Oriente, fabuloso, fantástico y mil y una noche.

Y fué entrevistado, de ese modo, Rabindranath Tagore, algo así como un yogui asceta, que buen discípulo de Sakya Muni, ha encontrado la fórmula de componer una especie de catón medio rítmico e ingenioso el medio rimar un "almacén de los niños"; tales son de ingenuas sus deliciosas parábolas infantiles...

Así, Rabindranath Tagore, fué pronto vuelto célebre por el premio Nobel, concedido mediante un explorador literario de Inglaterra, que traduciéndolo y comentándolo a su guisa, se encargó luego de hacer la exégesis del descubrimiento.



Ahora es Omar Khayyám, quien revive bruscamente y es puesto de moda en el mundo de las letras. Considerada la rosa, cronológicamente, es curioso advertir hoy, que bajo el punto de modernidad que informa al pensamiento finisecular, haya tenido este, que retroceder 9 siglos atrás para encontrar alguien que le interese más que el resto de los contemporáneos vivos!

En América, Muzio Sáenz Peña lo traduce y comenta con cariño, en una obra recientemente publicada en Buenos Aires.

Pablo de Grecia, culto escritor del Uruguay, a quien tuvimos de huésped, hace poco, con la Embajada de su país, nos hizo el rico don de un libro suyo, de crítica literaria, en que abre el volumen la figura de Omar, considerada en su doble personalidad de poeta y de filósofo.

Renan, se expresa así del poeta: "es tal vez el hombre más curioso que se pueda estudiar para comprender a lo que ha podido llegar el genio libre de la Persia. Dentro del círculo del dogmatismo musulmán. Críticos sagaces han adivinado, bajo tan singular apariencia, a un hermano de Goethe o de Enrique Heine."

Y The. Gauthier: "el pensamiento domina en sus versos y brota en breves relámpagos, en una forma concisa, exabrupta, rústica, iluminando con un resplandor repentino, las oscuridades de la doctrina y desgarrando los velos de un lenguaje en el cual, según los comentaristas, cada palabra es un símbolo". Los poemas de Omar han sido agrupados bajo la dominación de "rubayit", que traducido significa cuarteta, quizá atendiéndose a una clasificación didáctica o retórica, mejor que a un verdadero título.

Ultimamente el escritor hispano Dn. José Castellot lo ha traducido a su idioma, "après" la versión inglesa de Fitz Gerald. Exceptuando la publicación francesa que hace la casa Payot, de París, no encontramos otra más sobria y ajustada al original que ésta, y bien entendido que el mol-

de primitivo lo conocemos sólo a través de los diversos comentaristas.

La traducción castellana es precedida por un prólogo del poeta mejicano José Juan Tablada — a manera de póstico sustento para dar paso al poeta y filósofo de Naishapur, — y de cuyo prólogo transcribimos a continuación algunos párrafos.

Ahora, excuse el lector tan largo exordio, pero era preciso por dos razones: la primera para ilustrarlo con opiniones más autorizadas que la nuestra, y la segunda, para evitar que leyendo estos poemas, sin mayor exégesis, dijera de ellos el director de cierta académica revista quiteña: "Hemos leído los versos del joven Omar Khayyám, de Guayaquil".

Gladio ISAR.

Dice en su prólogo José Juan Ta-

blada: "Y tal es sin duda la función esencial del Evangelio de Omar Khayyám, que sobre las ruinas marmóreas del paganismo, y por encima de los escorbos fuliginosos del ascetismo cristiano, y más allá de las reminiscencias bhudistas, ha restaurado el extinto culto de la Vida, y ha hecho los salmos de la nueva liturgia con efluvios de vino, con cadencias de verso y con besos de mujer".

"De esa obra que durante cerca de diez siglos ha hechizado con sus encantos e inquietado con sus insinuaciones al espíritu humano; de esa incomparable rosa turibula que, como las lámparas de las mezzitas, oscila derramando sus penetrantes aromas ante el altar de la Vida; de ese momento que en estrofas de singular belleza encierra toda una concepción y todo un juicio de la maravillosa obra de la Creación, y así como una profecía que, según la actitud de nues-

tros ánimos puede tender a llenarnos de la más dulce calma o a despertarnos la más honda inquietud, acaba de ofrecernos la llave de la milagrosa iniciación del poeta de la versión castellana, a quien, aún cuando no fuera por ninguna otra razón que la del agradecimiento, por el inmenso servicio que acaba de prestar a nuestras letras, debéis desearle que el día ¡Dios lo retarde! en que pase a ser Huésped en ese Huerto de que nos habla el poeta astrónomo de Persia, donde dispersos como estrellas yacen los invitados a la Eternidad, y derrame el caminante sobre su tallo de rosa una copa de vino a su memoria".

"Mientras tanto abrid la embrujada urna de este poeta de nombre de califa; embriagados con el licor mágico que de ella ha destilado el mar de nombre de patriarca, y arrodillados frente al dorado altar en que sacerdotes de un paganismo no ex-

to de un inexplicable ferocidad, celebran con hostia de vino de pasión la divina misa de la Vida, y donde ésta aparece en forma más sensual, apasionada y pitante, en una turbadora forma menina; viene a nosotros con la va, con la eterna divinidad; en la blanca se envuelve en la oscuridad de su negra mirada; cedan sus perfumes enervantes música arrulladora de su voz; flores donde se posan sus dedos desmayados; trae en una mano la del vino generoso y con la otra hoja rosas en el cáliz".

"Acercad a él los labios almas aplacada vuestra ansia subterránea el tibio vaso carnal, bebed el vino, sorbed el deleite único, frente al crepúsculo de amor diluye sus topacios y evaporadamente sus incienso, repelid vuestras manos el rosario de las de ámbar de los perfumados bayais.

## LOS RUBAYAIT

V

¡Despertad! — pues el Sol, que en fuga ha dispersado del campo de las sombras las pálidas estrellas, y ahuyentó de los cielos a la Noche con ellas — al torreón del Sultán lanza un rayo dorado.

VI

Están mudos los labios de David; pero en trino alegre, un ruiseñor canta a la mustia Rosa: — ¡Vino! ¡Vino! ¡Más vino! ¡Enciende ruborosa tu mejilla en el fuego del encarnado vino!

XII

Bajo la verde fronda, un libro de poesía, un pedazo de pan y una copa de vino, y tú, a mi lado siempre, con tu cantar divino: ¡Oh páramo, que dulce Paraíso sería!

XIII

Unos aman las glorias del mundo. Suspirando están otros por cielos que Mahoma ha ofrecido. De atambores lejanos no te seduzca el ruido: ¡más vale un ave en mano que cien aves volando!

XIV

Escucha lo que dice el capullo de rosa: — ¡Mira! yo vengo al mundo feliz y sonriente. Desgarro desde luego mi escarcela sedosa y lanzo a los jardines mi tesoro luciente.

XV

Y a los que se desposan con los granos del oro, y a quienes lo derraman como una lluvia al viento, una vez enterrados — despreciado tesoro — ninguno de exhumarlos concebirá el intento.

XVI

La esperanza, en que el hombre funda su goce incierto, se transforma en cenizas o súbito florece: cual nieve que refresca el polvo del desierto, brilla una o dos horas y luego desaparece.

XVII

Piensa en esta Posada, de la cual los portales alternativamente son la Noche y el Día: Sultán tras de Sultanes con sus pompas reales aguardaron su turno y siguieron su vía.

XVIII

Del palacio en que Jámshid bebió con real grandeza los saurios y leones son hoy único dueño; y los asnos salvajes patean la cabeza del cazador Bahram sin perturbar su sueño.

XIX

Pienso a veces que brotan con más carmín las rosas nacidas en la tumba de un César ha sangrado, y que el Jacinto vierta con sus mieles sabrosas los dulces pensamientos de algún cerebro amado.

XXI

— ¡Llena, Amada, la copa que el Presente depura de futuros temores y viejos desengaños! ¿Mañana? ¡Y bien, quizás esté en la sepultura con los que son de Ayer desde ha siete mil años!

XXIV

Goecemos en la vida todo cuanto nos place antes de que bajemos al oscuro confin donde el polvo entre polvo y bajo polvo yace sin Vino, sin Canciones, sin Cantor y sin Fin...

XXXI

Hasta el séptimo cielo subí desde la Tierra. De Saturno en el trono radiante me he sentado; enigmas muy oscuros en el viaje he aclarado; pero no el que el destino de los hombres encierra.

XXXVI

Yo creo que ese vaso en un tiempo ha vivido y del vino ha gozado los dulces embelesos, y ese labio pasivo que recibió mis besos, ¡quién sabe cuántos besos ha dado y recibido!

XXXIX

Cuando el vino vertemos antes de haber bebido, las gotas que en la tierra penetran dulcemente quizás calman la angustia de algún germen viviente que, ha tiempo, allá muy hondo, enéútrase escondido.

XLIV

Porque si el alma puede librarse por completo del polvo, y volar libre de humana vestidura, ¿no sería vergüenza, vergüenza y desventura, mirarla para siempre al misero esqueleto?

XLV

Esto es solo una tienda donde un día se para el Sultán, en su viaje al reino de la muerte; parte; y el negro Ferrash que su salida advierte, para otro nuevo huésped al punto la prepara.

L

Un cabello separa lo falso de lo cierto; y un solo Alif nos guía al guardado tesoro y a su dueño tal vez; pero esa llave de oro ¿habremos, por ventura, nosotros descubierto?

LIV

No malgastes el tiempo en discusiones largas sobre esto o sobre aquello; son fútiles disputas. Mejor es alegrarse con la Vid y sus frutas que sufrir porque algunas faltan o son amargas.

LVI

Sabéis amigos míos — la alegre barahunda con que segundas nupcias en casa he celebrado: arrojé de mi lecho la Razón y feunda y a la Hija del Vino por esposa me tomado.

LIX

La Uva que con lógica infalible confuta las setenta y dos sectas de credo divergente;

soberano alquimista que en su crisol trasmuta el plomo de la vida en oro reluciente.

LXI

Si es producto de Dios este neotáreo jugo, blasfema de la cepa quien lo presume un lazo; si es bendición, gozadla; ¿por qué no? Y si acaso es maldición, — decidme — ¿a quién dárnosla plugo?

LXVIII

No somos otra cosa que una larga cadena de mágicos fantasmas que gira, va y viene, a los rayos del Sol, linterna que sostiene en medio de la noche, el Director de esena.

LXXII

Y a esa copa invertida a la que llaman CIELO, bajo la cual, a rastras, vive y muere la gente, no levantes las manos en suplicante anhelo pues cual tú, y como yo, es del todo impotente.

XXXIII

Allí estaba la puerta de que no encontré llave, allí el velo tupido tras el cual nadie vió; hablaban del Yo y Tú, lo poco que se sabe, después... ni una palabra oí del Tú y el Yo.

XXVII

Yo mismo, cuando joven, con ardor frecuentaba de Sabios y Doctores las solemnes sesiones, y después de escuchar sus graves discusiones salía por la misma puerta por donde entraba.

LVIII

Ha poco, hendiendo la obscuridad externa, y en el hombro llevando una fragante cuba, el espectro de un Angel penetró a la taberna y me ofreció un vaso; probé y... era la Uva.

LXXI

Escribe... y pasa el móvil dedo del Infinito. Y después, ni con toda tu piedad o tu ciencia lograrás que regrese para cambiar lo escrito: ni con todas tus lágrimas borrarás la sentencia.

XCIII

¿Qué me dieron los Idolos que he venerado tanto? A mi mundano crédito hicieron mal muy hondo: ¡ahogar mi gloria en vaso de bien escaso fondo, vender mi nombre al precio de un irrisorio canto!

XCVIII

Si antes de ser más tarde algún Angel alado el arcano registro del hado detuviere; y anotar de otro modo los sucesos quisiere, o borrar por completo cuanto hubiese marcado,

XCIX

¡Oh Amor! Con El unidos tú y yo conseguiríamos este misero mundo tomar en nuestra mano, y hacerlo mil pedazos; luego lo rehaceríamos conforme a los deseos del corazón humano.

LXXX

¡Oh TU, que de peligros y flampas has llenado, el sendero tortuoso de nuestra pobre vida, no — has de querer rodearnos del Mal predestinado y después a pecado imputar la caída!

LXXXI

¡Oh TU, que hiciste al hombre del más impuro lodo, y con el paraíso creaste la Serpiente! ¡para todas las culpas que manchan nuestra frente, da y recibe el perdón que purifica todo!

C

LUNA, que fiel nos baseas, en momento oportuno cambiarás muchas veces en menguante y creciente desde hoy... nos buscarás también frecuentemente en el mismo jardín... pero en vano por UNO!

CI

¡Oh SAMI! Si como ella vagando, en tu camino pasares por El Huerto de huéspedes Estrellas, al encontrar el sitio en que seré una de ellas, iderrama a mi memoria una Copa de Vino!

## La Kusa Nama

LXXXII

Mientras entre las sombras del moribundo día Ramazán, el hambriento furtivo se escapaba, una vez más estuve, dentro la Alfarería, rodeado de los moldes de barro que guardaba.

LXXXIII

Formas de todas clases y de todos tamaños: unas yacentes y otras al muro reclinadas; unas locuaces y otras, con aspectos extraños, escuchando tal vez, pero siempre calladas.

LXXXIV

Entre ellas una dijo: "No en vano, de seguro, mi substancia del barro común fué separada para hacerla pedazos después de modelada o volverla de nuevo, amorfa, al polvo oscuro".

XL

Cual tulipán que lo alto contempla desde el suelo con el riego celeste que la Aurora le envía, te alzas devotamente, hasta que place al Cielo volverte hacia la tierra como copa vacía.

VII

Ya no más te preocupes con lo humano o divino; a los vientos entrega el azar del mañana, y pídanse tus dedos en la trenza lozana del Ciprés delicado, esenciador del vino.

XLIII

Así es que cuando el Angel de la negra bebida te encuentre al fin, al borde de la oscura ribera, y brinde a tu alma el vaso, bébela toda entera, y no tiembles, pensando que allí acaba la vida.

OMAR KHAYYAM